

LAS MUJERES

De todo cuanto en el universo existe, lo que más me cautiva es la mujer, pero no cabe la menor duda que ese complemento sigue siendo el más complejo e intrincado enigma.

Después de mucho querer decodificar sus acciones y reacciones, me he convencido de la impredecibilidad de su comportamiento, de la crueldad de sus traiciones y de su insolencia sin medida.

Por eso me alegra que me ignoren, que pasen indiferentes junto a mí y si acaso por casualidad se percatan de mi existencia, tomen una actitud displicente.

Ya disfruto ahora enormemente su desprecio, me encanta que me desdeñen, que hagan caso omiso de mi presencia y que no me tomen en cuenta absolutamente para ¡nada!

Las mujeres son lo más hermoso y perverso que hay, sus arbitrariedades, exigencias y caprichos son inimaginables, su malvado corazón solo late al ritmo de su egoísmo.

Las más bonitas son la peor maldición de la naturaleza, no hay ser más vengativo y cruel, su vileza no tiene límites. Por eso me alegra no estar de rodillas suplicando ni su amor ni sus caricias; sus besos son brebajes que envenenan el alma, sus abrazos como ardientes tenazas que queman el cuero, por eso les huyo.

Pasé muchos años persiguiendo su sombra, me rebajé hasta la ignominia por sus caricias, perdí la compostura, la vergüenza y la dignidad por su cariño que, siempre me dosificaron gota a gota, hasta volverme ¡loco!

Hoy me conformo con verlas de lejos pasar sonriendo, cantando, bailando, platicando y hasta besando a sus ilusas víctimas que inocentes se hacen mil ilusiones que temprano o tarde se habrán de frustrar, afortunadamente, estoy blindado contra su ¡infamia y altivez!

Malvadas y maravillosas, pero distantes, no las quiero cerca, porque despiertan en mí pasiones secretas que acaban por enfermarme. Escucho sus gritos, lamentos, susurros, murmullos y quejas; me doy cuenta que todavía en el fondo de mí arden las cenizas del ¡recuerdo!

Las dejo ir cuando por mera casualidad se acercan, de todos modos nunca se detienen, es ahí cuando me lleno de gozo al verlas alejarse, mi corazón jubiloso lo ¡agradece!

Me fascina ver sus labios abrirse para proferir un insulto que mejor interpreto como lisonja, me encanta ver su pelo caerles en el rostro para cubrir su irónica sonrisa llena de hipocresía, burla y disimulo.

Sí, reconozco mi inmensa debilidad frente a ellas porque soy fuego que apaga el eterno hielo de su desdén. Cuando las enfoco y directo creo que me miran, el corazón me da un vuelco latiendo vigorosamente emocionado, después de una peligrosa sonrisa mi alma ingenua se alborota y yo desencajado me deshago en un éxtasis morboso imaginando sus ¡besos! Entonces me calmo diciendo en voz muy baja, ¡tranquilo amigo! no te precipites, no pasa nada, es tan solo una ráfaga, un estallido instantáneo.

No, me digo medroso, no es a ti a quien ve y en efecto, toda la algarabía era provocada por otra persona que atrás de mí la conocía.

Quedé prendado, enamorado y envenenado con la pócima de su hermosura, sucumbí bajo el calor de su aliento, caí envuelto entre su aroma, la dulzura y el humor de su encanto; un profundo dolor hizo estallar mi corazón por dentro y ella impasible lamía sus brillantes labios y alisaba su pelo como si yo no existiera.

Por eso he ingerido el antídoto contra las féminas entre las que solo el sufrimiento he experimentado, estoy ya vacunado contra su contagio amoroso, ahora las veo transcurrir como manada de gacelas salvajes, de lejos chupo su belleza, pero no caigo más atrapado en sus redes

¡Miren como me han dejado!